

MC_LALIFAVI_MC_LALIFAVI_CUATRO IGUAL A UNO

Pasó a buscarme sin avisar, un miércoles, temprano, alrededor de las ocho de la noche.

Raro, porque solo salíamos los viernes, tarde, después que terminaba su peña.

Yo vivo sola desde hace varios años, así que no tengo problemas en adaptarme a sus horarios.

No fuimos al motel; me “invitó” a cenar a una parrilla a cincuenta kilómetros de la ciudad. Por eso me dijo que lleve más plata y la tarjeta para la nafta, porque ese día hacían descuento.

Raro también, nunca habíamos ido a comer juntos, podía enterarse su novia. Como tantas veces me había prometido, dijo que ahora cumplió y la dejó. Como siempre, luego dirá que no puede y regresará con ella. Creo que la quiere mucho.

Volvimos tarde, muy lindas horas pasamos, charlando. Seguía en su modo más extraño, porque normalmente él hablaba poco.

Cuando llegamos a casa, alrededor de la una de la madrugada, como nunca, quiso pasar a tomar un té.

Seguimos hablando una hora más. Yo estaba agotada, no daba más del sueño, y ese jueves, tenía que ir a una empresa a la mañana, a controlar un inventario para el cierre de balance, y eso no podía hacerlo desde la conexión remota, como trabajo habitualmente.

Dijo que fuera a dormir, que después él iba a la cama.

Me bañé, y cuando pasaba para la pieza, me pidió la escritura. Aclaró que le cuesta dormirse sin leer algo en papel, y sabe que, desde que me recibí, ya no tengo ningún libro en mí casa. Se la di y quedó leyendo.

Aunque no tenga libros, leo mucho en pantalla, cuentos y novelas digitales y escucho audiolibros; no ocupan espacio ni juntan tierra.

Ya entredormida, sentí que se acostó y me abrazó por detrás. A la mañana, tuve que bañarme de nuevo, pero estaba contenta, luego de tan hermosa e inesperada noche.

Dijo que fuera tranquila, que se quedaba y me esperaba con el almuerzo.

Él no tenía apuro, porque hace bastante que está sin trabajo. Y desde que se dobló el tobillo jugando al fútbol con sus amigos, no consigue ni changas. Pero manejar puede, por suerte.

Por las dudas que tuviera que salir a comprar algo, me pidió dinero y la otra llave de la casa. Yo siempre le doy algunos pesos para que se vaya arreglando, mientras está inactivo. Pequeños préstamos, con casi seguro destino de reclasificación contable.

Al salir, no vi la escritura en el sofá. Cuando volviera, tenía que acordarme de pedírsela, para guardarla. Ahora no, porque ya escucho sus ronquidos.

Lo dejo dormir, ¡pobrecito!

Pobrecito, si piensa que no me di cuenta de su jugada, quiere quedarse a vivir en casa, “agregarse” como decía mi abuela. ¿Qué querrá hacer con la escritura? ¿Pedir un crédito? Nada de eso va a pasar.

Estoy muy cómoda siendo la segunda, la suplente.

¡Si supiera que, de los actuales, él es el último que se cruzó en mi camino! Ejercicio otras tres suplencias, pero en esas no soy única socia aportante. Todos “cama afuera” por supuesto. Es prioridad absoluta en mi vida, conservar a rajatabla la libertad individual.

No existe el hombre perfecto, así que, por ahora, con estos cuatro me alcanza.

Cada uno me llena con algo distinto, y en reciprocidad, yo les completaré algún faltante a ellos. Todos tienen en común, que no son violentos, en ninguna de sus formas; condición fundamental que me obligo a controlar para aceptar amigovios, el resto se puede negociar.

Con los otros tres, no necesariamente son todos encuentros físicos ni frecuentes, también hay videollamadas y todo lo que ofrece la tecnología de este milenio.

El primero, mi relación más antigua y el que más quiero, me hace reír mucho. Un simple mensaje suyo me mejora el día. Si yo aceptaba tener hijos, quizás hubiéramos formado una linda familia, como la que tiene y disfruta.

El segundo es el más bueno, habla mucho, es muy inteligente, y me instruye. Como yo no miro ni escucho noticieros, porque considero que quitan tiempo y años de vida, cuando nos vemos o en pocos minutos de una llamada o un audio, me hace un resumen de todo lo importante que tenga que saber, por donde va el mundo y sus alrededores.

Y el tercero, que viene de muy lejos un par de veces por año, casi siempre me invita a un viaje sorpresa, para descubrir en el trayecto o en el destino, lugares no tan conocidos, como me gusta a mí. También vamos a bailar, que es otra de mis pasiones, y volvemos con energías renovadas.

Para ir a bailar más seguido ya tendría que buscar un quinto compañero de aventuras, pero es muy difícil encontrar uno libre solo para eso. No me quejo, todo no se puede conseguir.

Nunca suplo, ni le soplo parejas a mis amigas, es mi código no escrito; salvo con su consentimiento, como esa vez que una de ellas me lo entregó en bandeja, para cumplir una fantasía de ellos.

Y si el cuarto, que es el más joven, ya sabe o se entera más adelante de mis andanzas con sus tres colegas, no tiene nada para reprocharme. Él promete dejar a su novia. Yo le sigo el juego, pero no necesito esa titularidad.

No le prometí nada, y sabe que no quiero compromisos ni convivientes.

Alguien puede insinuar que me usa, porque pago cuando salimos, le compro regalos y le doy dinero. Lo hago solo porque satisface muy bien, una de mis necesidades básicas, nada más, ni nada menos. Y, además, hace unos masajes espectaculares. Si quisiera estudiar, podría hacer de eso su profesión, pero no quiere, no tiene iniciativa comercial tampoco, pero voy a insistir hasta convencerlo y quizás cuando madure se decida. En mi contabilidad de consumos personales, lo que gasto con él lo imputo en “Gastos de mantenimiento del cuerpo, del ego y del alma; y de otros placeres” Toda persona que se quiera un poquito, debe tener esa cuenta abierta y asignarle un buen porcentaje de su presupuesto.

Quienes me critiquen, si les sobra algo de dinero, y según la cantidad, ahorrarán y/o lo gastarán en sus actividades preferidas, y está muy bien también.

Allá ellos y ellas, y acá yo.

En realidad, soy yo quien hace uso (no abuso) de estas nuevas relaciones cómodas contemporáneas.

¡Lástima que todo esto ocurre solamente en mi esponjosa imaginación! ¡Qué haría yo sin ella, y sin la esperanza y sonrisas que me provocan esos sueños de un futuro distinto! Aunque no sean cuatro: quiero un compañero de viaje por la vida, no importa que no valga por cuatro. Porque, pese a que la matemática no lo acepte, uno bueno es infinitamente más que cero o que menos uno como fue mi única experiencia anterior.

Pero ese globo de fantasía se pincha automáticamente en este instante, cuando llega el mensaje de mi ex esposo:

“¿Podés ir vos a buscar los chicos a la escuela? Hoy no te los puedo llevar”

Así, como fue siempre en esos tres insanos años en los que convivimos, otra más de sus famosas preguntas órdenes, sin nombrarme, sin saludar, sin explicar por qué no puede hoy que le toca a él, sin dar las gracias, sin alma.

Podía contestarle: “No puedo, salgo muy justo de mi clase de yoga y no voy a llegar a tiempo; y sabés que ellos se enojan mucho si tienen que esperar”

Pero no, prefiero no gastar energía inútilmente, y le contesto, con su misma amarga sequedad:

“Sí, voy yo”